



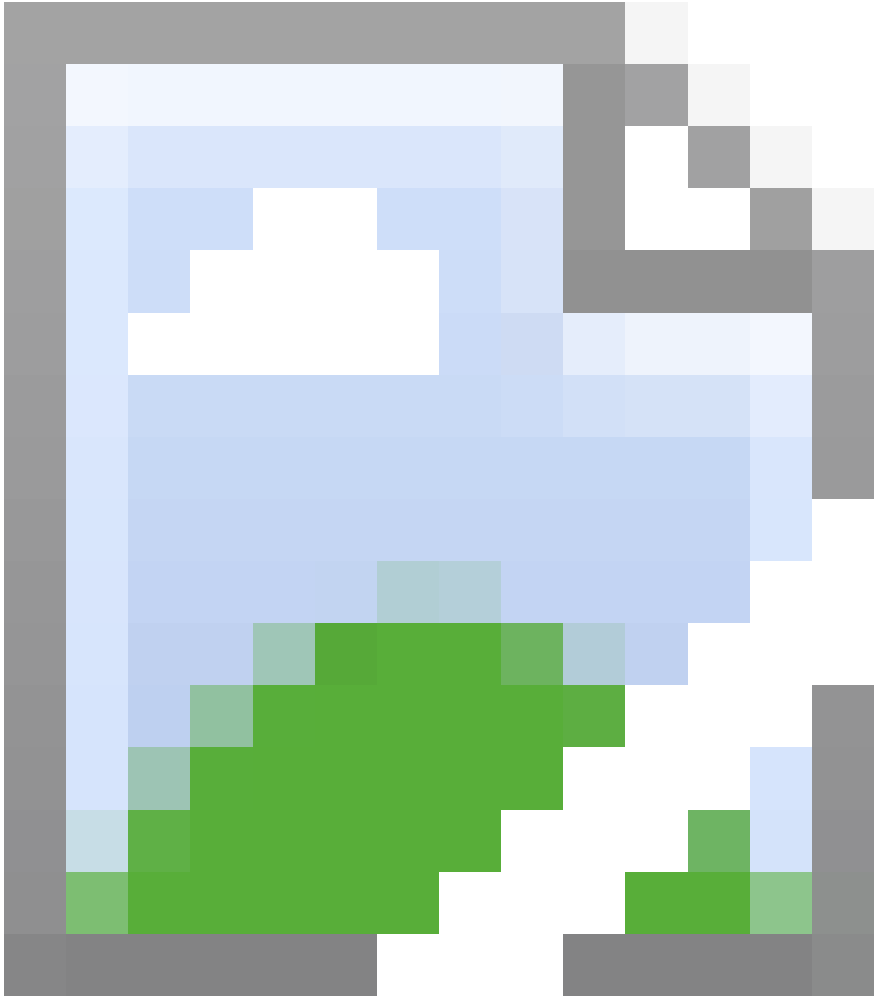
SERGI PUERTAS
Estabulario

Los relatos de *Estabulario* nos empujan a una ficción apocalíptica que nos sitúa en una suerte de limbo en el que cualquier cosa resulta creíble. Seis piezas largas dotadas de un asombroso talento narrativo donde escuchamos ecos de Ballard, Lem, Chirbes y Cronenberg, o del universo distópico de *Black Mirror*.

En medio del estruendo de disparos y explosiones, dos amigas charlan por el móvil mientras cocinan para unos misteriosos invitados, hasta que un día la televisión empieza a hablarles. El software que administra el uniforme de trabajo de un pobre diablo se estropea y el servicio técnico le deja en espera, el problema es que ese traje, que le echa cien kilos encima, está fusionado con su cuerpo a nivel ADN. Un ministro recibe instrucciones para perpetrar, un chanchullo urbanístico, que, a la postre, resulta ser algo mucho más oscuro. Una Andalucía independiente, que, tras una guerra fratricida, se ha convertido en una combinación de Marruecos con Corea del Norte, es el escenario de una exitosa serie protagonizada por un exiliado que, gracias a un procedimiento de drenaje, genera, audiovisuales basados en sus vivencias.

Estabulario





A Hernán Migoya y Pier Brito,
por el *log out*

A Enrique Redel,
por el *log in*

Disfrutaba con aquella situación, era interesante, tenía algo de definitivo. Pero la verdad es que no creía que fuera a pasarme nada. Ser herido solo era algo que eligen determinadas personas, como la mala suerte, o envejecer.

Tobias Wolff, *Ladrón de cuarteles*

Los horrores habían salido del apartamento de Horace. Ni siquiera los policías y sus damas están a salvo, pensaban los horrores. Nadie está a salvo. La seguridad no existe. ¡Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja!

Donald Barthelme, *City Life*

Obesidad Mórbida Modular

El mensaje barre las redes, dispara alertas en todos los móviles de la ciudad. Tercera campaña de dos por uno en el Budha's Duck Paradise, las puertas girando sobre sus ejes a noventa revoluciones por minuto. Un segurata descorre el cordón durante veinte segundos, una multitud penetra el edificio como una verga inflamada y hambrienta. Los recién llegados se precipitan hacia el Mostrador de los Dioses, empujan a un Chacón que impacta contra Menéndez. El sudor lubrica el contacto entre los dos camareros, sus cuerpos titánicos pugnan por recobrar el equilibrio tras el frotamiento de pieles, los magrets de pato oscilan en sus respectivas bandejas. Las sandalias de cáñamo retoman el contacto con el embaldosado. Chacón parpadea perplejo tratando de localizar la ciento veintitrés entre la jungla de mesas. Por el rabillo del ojo ve a Torrecillas, que corre a abroncar a uno de los nuevos porque lleva tres coma dos mesas de retraso. No corrías así antes de que te nombraran encargado, Torrecillas, no corrías así cuando todavía llevabas la OMM™. Pero Chacón se apresura porque hoy Torrecillas anda cruzado y sabe que el siguiente puede ser él. Y apresurarse embutido en la OMM™ es como abrirse paso a través de un mar de grasa, como bucear en plomo gelatinoso.

Se detiene junto a la mesa de bambú, las cachas temblequeando. Apenas puede respirar. Allá abajo, una mu-

chacha caballuna enfrascada en el móvil, un patán engominado. Los flecos del taparrabos de Chacón ondean obscenamente sobre el mantel oriental, sus manazas empujan la canastilla del pan para hacer sitio. «Sean bienvenidos a nuestra humilde morada», jadea descargando los magrets, buscando ese registro entre la solemnidad y la ternura que les inculcaron durante la formación. «Los patos surcan el cielo, Buda los pone en su plato», dice. «¿Qué coño significa eso?», pregunta la muchacha sin levantar la vista. «El rollo ese de los chinos, en plan paz y prosperidad, ¿no?», dice el engominado. Chacón carraspea, eleva al cielo dos brazos que pesan como dos personas. «¡Mientras haya paz en los corazones habrá amor en la Tierra!», exclama con una jovialidad angustiada. «Vaya chorrada –dice la muchacha barriendo la pantalla con el dedito–, todo el mundo sabe que el pato que sirven aquí es cancerígeno». El engominado emite una risita, enfoca a Chacón buscando complicidad: «Si fuera cancerígeno, Buda no nos lo serviría, ¿a que no?».

Chacón intenta una sonrisa que es toda mofletes y toda papada, pregunta si los señores desean más vino.

Las sandalias de cáñamo tiradas por el suelo, el taparrabos desmadejado como una serpiente de seda. Los pies le están matando, la banquetta se le clava en el culo. La interfaz gráfica de la OMM Manager™ reluce frente a Chacón en la penumbra del vestuario, el móvil emite un graznido. Le quedan dos intentos. Chacón prueba otra vez, pulsa de nuevo Aceptar. Otro graznido, otra equis destellando en rojo. Le queda un intento.

«Hostia puta», exclama dando un tremendo pisotón que pone la estancia a temblar. «¿Otra vez sin crédito?», pregunta Menéndez, que ya ha acabado de vestirse y tiene su OMM™ bien apiladita en la banquetta. Chacón se pasa una mano por la cara. «Qué va. Es que ayer cambié la

contraseña de mi OMM™ y no recuerdo qué puse». Menéndez introduce otro módulo en su taquilla, el esfuerzo le arranca un quejumbro. «Entra en Usuarios y perfiles y que te la reenvíen por email». «Es que ya no tengo acceso al correo con el que me di de alta, me caducó». Chacón se queda cabeceando frente a su móvil, escroleando el menú con un mosqueo creciente. «Está siendo una semana de mierda. Solo quiero quitarme esta porquería y marcharme a casa, ¿es tanto pedir?». «Si te la quitas por Bluetooth no necesitas contraseña». «Para eso tienes que tener actualizado el firmware». «Pues actualízalo». «Ya lo he probado y no funciona». «En el panel de Dispositivos ADN». «Que sí, que lo he intentado mil veces pero siempre me da error». Con un bufido Menéndez cierra su taquilla, se vuelve hacia Chacón. Son un palo y un flan. El palo se queda mirando al flan. El palo hace chascar la lengua, extiende la mano hacia el flan. «Venga, trae». «No podrás». «Que traigas, capullo». Chacón frunce los morros, permanece cabizbajo porque cuando Menéndez se pone así dan ganas de mandarlo a la mierda, aunque hay que reconocer que Menéndez de esto controla. «Vete, ya me las apañaré», murmura Chacón. Menéndez le arrebató el móvil, extrae el OMM Communicator™ del puerto. «Ahora te esperas tres segundos, ahora lo vuelves a insertar». Menéndez se sienta junto a Chacón, luego conmuta al Navegador, descarga la OMM Manager™, la reinstala. Nueva versión de firmware disponible, dice la pantalla en verde. La barra de progreso se pone a progresar.

«No lo pillo, se me colgaba nada más empezar», dice Chacón. «Ve anotando los pasos». «Tranqui, que ya me fijo». «Claro, lo fácil es dar por culo a Menéndez, ¿no? Pide un boli en la cocina, joder». Chacón mete los pies en las sandalias, recoge su taparrabos de la banqueta. Con un gruñido remolca pasillo adentro el trasatlántico de carne que lleva puesto.

Adolescentes de cachondeíto, escaleras mecánicas fuera de servicio. El metro vomita a Chacón en el extrarradio, lo pone a arrastrar los pies por las aceras. Recuesta la espalda contra el muro, los labios plegados en una maldición. Los gotarrones ruedan por su pecho, quedan atrapados entre la seda y su barrigón. El sudor le huele como a plástico mojado, tres tramos más de escaleras y ya está. Chacón hace girar la llave en la cerradura, trastabilla por el comedor, se desparrama en un sofá que cruje a cámara lenta. Destapa el cubo de cartón, rescata un cacho de pato, se lo mete en la boca. Despliega sobre su regazo el móvil, la tableta, las instrucciones que le ha garabateado Menéndez. Su frente se llena de arrugas.

Primero: Arrancar la tableta. Descargar la aplicación desde el enlace blablablá.

Segundo: Acceder al móvil vía WiFi desde la tableta.

En el tercer paso, la aplicación se vale de técnicas de fuerza bruta para obligar a la OMM Manager™ a cantarle la contraseña, pero ahora resulta que al ejecutarla se le advierte de que antes de emprender acciones es conveniente actualizar el firmware. Chacón vuelve a fruncir el ceño, elige Ignorar. La tableta dice que el móvil no responde. Chacón elige Esperar. El móvil sigue sin responder. Chacón elige Cerrar. Ahora es la tableta la que no responde. Chacón elige levantar su cacha y descargar un soberano patadón contra el suelo.

Un chasquido proveniente del pasillo, una puerta que se abre.

«¿Qué haces?», pregunta Marina asomando al comedor con los párpados a media asta. «Intento quitarme esta mierda». «¿En serio has venido así?». «Aún gracias que me han dejado el mantel. ¿Qué querías que hiciera, que les pidiera un frac?».

Marina suspira, da unos pasos hacia Chacón, le acaricia la calva. «¿Otra vez, cariño?». Chacón se limita a encogerse de hombros, a reiniciar la tableta. «¿Por qué no llamas a Menéndez, que te eche un cable?». «¿Ese? Ese no se entera, ha sido él quien ha terminado de cargársela». «Estás muy mono así gordito». «Ja ja ja, mira cómo me río». «Que sí, que a los delgaduchos la OMM™ os favorece». «Marina, ya vale».

Marina traga saliva, aprieta los labios. «Escucha, cielo, esta mañana ha venido Carranza». Carranza es el casero y su sola mención acostumbra a capturar la atención de Chacón de inmediato, pero sigue tecleando. «Dice que ya lo ha puesto a la venta, que lo siente mucho», prosigue Marina. «Qué hijo de puta, dijo que hasta final de mes». «Dice que ya no depende de él, que mires directamente en la página de subastas». «Fantástico –asiente Chacón–, de puta madre». Ya no está viendo la tableta, solo su fetiche de color oro. Sus dedos percuten con fuerza contra la pantalla táctil. «Carranza dice que los instrumentos musicales tienen poca salida, cariño, que podrás recuperarlo por quinientos o menos». Chacón menea la cabeza. «Joder, dijo que nos daba hasta final de mes». «En realidad dijo que hasta el día 20». Chacón se detiene en seco, clava su mirada en Marina, levanta las cejas. «No me apetece nada dormir con la OMM™ puesta, estoy intentando concentrarme. ¿Puedo? ¿Por favor?».

Marina bufa, se vuelve al dormitorio. Chacón rescata otro troncho de pato, pone las muelas a trabajar. Sus dedos grasientos extraen el OMM Communicator™ del puerto, vuelven a insertarlo. Nada. Chacón abre el panel de Dispositivos ADN, pulsa el botón de refrescar. El dispositivo no pudo instalarse. Mierda. OMM Manager™ no es una aplicación de Win128 válida. Mierda, mierda y mierda.

De un manotazo Chacón aparta la tableta, echa la cabeza atrás. Diez euros por establecimiento de llamada,

quince euros por minuto. Pinza el móvil entre hombro y oreja, aguarda pacientemente mientras el *Imagine* de John Lennon tintinea y los fantasmas de Charlie Parker y John Zorn le sobrevuelan. Chacón toca en sueños su saxo vibrante y dorado y perfecto. Si desea modificar su plan, marque uno; si quiere consultar su facturación, marque dos; para hablar con una de nuestras operadoras, marque tres. Charlie Parker empeñando su magnífico King Super-20 para chutarse caballo, Charlie Parker humillando a Dizzy Gillespie en su concierto magistral del 53 con un saxo prestado de plástico. Todas nuestras operadoras están ocupadas, ocupa usted el quinto lugar. Los perfiles de los amigos de Chacón van desfilando por las redes sociales, Chacón abre el Juicy Krush, comienza a apilar frutitas. Ocupa usted el cuarto lugar. Chacón observa el bamboleo de sus carrillos reflejado en la pantalla y de pronto cae en que lo que está viendo no es un saxofonista de élite, que lo que está viendo es otra cosa muy distinta. Ocupa usted el tercer lugar. Ocupa usted el segundo lugar.

Cuando la llamada se corta, Chacón vuelve a llamar.

Cien pulgares pulsán simultáneamente en sus respectivos móviles, inundando el panel de pedidos. «Los patos surcan el cielo, Buda los pone en su plato». Y luego: «¿Los señores prefieren su pato a las finas hierbas o al estilo Budha's, con crujiente de cebolla y un toquecito de azafrán?». Y luego: «Mientras haya paz en los corazones, habrá amor en la Tierra». Chacón está saltándose la mitad de las fórmulas, abreviando la otra mitad porque se ha dado cuenta de que cuando se detiene más de dos minutos junto a una mesa los clientes arrugan la nariz, miran inquietos a su alrededor. El panel certifica que lleva dos coma tres mesas de retraso, una de las piernas le falla, a punto está de impactar contra la doscientos sesenta. De pronto ya no está tan seguro de poder seguir remolcando la OMM™,

de conseguir cubrir las cuatro horas que deben de faltar aún para que finalice el turno.

Torrecillas le indica que se acerque. Chacón comprende que todo ha terminado. Que los tres patos muertos que descansan en su bandeja son los últimos que va a servir.

Sigue al encargado por el pasillo. Torrecillas se encara con él, le enfoca con la barbilla. «Tengo un problema técnico –balbucea Chacón–, me lo están solucionando». Torrecillas arruga la nariz. «Joder, Chacón». «Le echo colonia, pero no sirve de nada». «Haz el favor de ir al lavabo y limpiar el módulo de evacuación». «Creo que el filtro está embozado, llevo una semana sin poder quitarme la OMM™». «¿Cómo?». «Cambié la contraseña, no me acuerdo de qué puse». «¿Y para qué la cambias?». «Pues porque me caducan. ¿A ti no te pasaba?». «Con las últimas versiones del firmware ya no. ¿Pero cómo se te ocurre presentarte al trabajo así?». Chacón se viene abajo, se embarca en una crónica caótica de sus conversaciones con las operadoras, de las innumerables horas frotando con el estropajo en el baño. Montañas de esponjas sucias, el engrudo amontonándose sobre periódicos mojados, peleas a grito limpio con Marina. El galimatías es demencial pero Chacón sigue adelante porque le parece que Torrecillas se está ablandando, que le vence la incomodidad. Cuando empieza a hacer muecas y a agitar la mano, a Chacón no le queda otra que callar.

«Vete a casa y que te lo solucionen», dice Torrecillas.

«¿A casa?».

«Vuelve cuando te lo hayan arreglado. Si eso te lo apunto como vacaciones, pero haz algo ya, joder».

Chacón parpadea muy aprisa, su sonrisa suma un pliegue a su papada.

«Gracias. Les he apretado las tuercas, me han prometido que el miércoles me restauran la cuenta». «Mejor que

sea el martes. Anda, lárgate ya». Chacón oscila sobre sus patatas, emprende el camino hacia el vestuario.

En la calle, miradas de soslayo, Buda convertido en el centro de atención. Chacón se ha quitado los collares y la bisutería, se ha envuelto en el mantel. Los flecos del taparrabos ondean enloquecidos sobre su micropene. En las profundidades del metro, un hedor amarillo, una peste insidiosa. Envuelve a Chacón haciéndose más y más patente, dejando una estela por todo el vagón. El sudor que emana de la OMM™ tiene ahora una textura espesa, lechosa. Chacón toma asiento, empuña el móvil, se pasea por los perfiles de sus amigos en las redes sociales, apila frutas en el Juicy Krush. A su alrededor todos se han levantado, se ha abierto un claro sagrado. Apartad, hijos de puta. Dejad paso al Buda fecal.

El problema es que la última versión de la OMM Manager™ viene con una protección que chequea el tamaño de los archivos y lo coteja con los de la aplicación original. Si las cifras no coinciden, el software llega a la conclusión de que ha sido hackeado y se sabotea a sí mismo. Chacón repite las hipótesis que ha leído los foros dando vueltas sobre sus patatas, cada vez más crispado, ahogándose en su papada y en su bilis. «Queremos recordarle, señor Chacón, que si ha manipulado usted el software no podemos responsabilizarnos de su mal funcionamiento». «Los parches los descargué desde la página oficial, señorita. Son el 27C, el 29R y el 34K». «Tomamos nota, señor Chacón, muchas gracias». «Luego están el 56M, el 59N...». «Muchas gracias por la información, señor Chacón, uno de nuestros técnicos se pondrá en contacto con usted. ¿Le puedo ayudar en algo más?». «No me cuelgue, señorita, es muy urgente. Necesito quitarme esto pero ya». «Queremos recordarle, señor Chacón, que recomendamos que la implantación y la desimplantación de la OMM™ se realice

siempre vía Bluetooth». «¿Me está usted escuchando? Llevo dos semanas siguiendo sus instrucciones y lo único que he conseguido es que el panel de Dispositivos ADN deje de detectar el OMM Communicator™». «Queremos recordarle, señor Chacón, que desaconsejamos utilizar la OMM™ durante más de doce horas seguidas». Chacón detiene en seco sus andares, traga saliva. «Oiga –dice pasándose una mano por la cara–, iré adonde ustedes me digan, presentaré la documentación que haga falta. Pero si no me quito esta cosa perderé mi trabajo y no podré pagar las mensualidades. Porque hay un problema de evacuación grave, esto no absorbe más, ¿entiende lo que le digo?». «Por supuesto, señor Chacón». «Todo está filtrándose vía cutánea, ¿quiere que sea más explícito?». «Un técnico se pondrá en contacto con usted, atenderemos su solicitud lo antes posible, señor Chacón...». Para entonces la puerta del lavabo se ha abierto, Marina ha emergido cargando con una caja de cartón llena de cosméticos. Se dirige al dormitorio con paso firme. Chacón gesticula tras ella, la persigue jadeante por el pasillo. «Estoy solucionándolo, ¿lo estás viendo o no lo estás viendo?». «¿Oiga? ¿Le puedo ayudar en algo más, señor Chacón?». «Espérese». Marina se ha acuclillado frente a la maleta, deposita en ella los cosméticos, la cierra con movimientos espasmódicos. «No me jodas, Marina. No puedes hacerme esto. Ahora es cuando más te necesito, en unos días estaremos riéndonos». «¿Señor Chacón, me escucha?». Las mejillas de Marina se llenan de lágrimas, despliega el asa extensible, pone la maleta a rodar. Chacón le bloquea el paso. «Te digo que necesito que hablemos». La voz de Marina brota desquiciada a través del pañuelo que le cubre la mitad inferior del rostro. «¿Para qué, si no me escuchas? Lo siento, no puedo más». Chacón extiende un dedo en su dirección. «¿Te operarías tú de algo que se soluciona escribiendo una contraseña?». «Ya has visto lo que dicen en los foros, no quiero quedarme a verlo». «Los foros están